

techos y los suelos, pasar sobre sus camas, y caer en el refectorio y en el coro. El excelente Sr. Truitart, confesor de la comunidad, trabajaba día y noche en llevar tierra y piedras para hacer trincheras y fortificaciones alrededor de la clausura, y por la noche se armaba de pies á cabeza para hacer la guardia, mientras que las Hermanas la pasaban en profunda paz delante del Santísimo Sacramento (1). Al mismo tiempo, una buena Hermana doméstica llevaba sin saberlo el valor hasta el heroísmo, cogiendo legumbres en el jardín, en donde estaba empleada. Madre mía—decía á la Superiora,—¿cuántos cañonazos quiere Vuestra Caridad que oiga antes de retirarme del jardín, en donde cojo lo necesario para la comunidad?—Tres—respondió la Superiora.—Juana Benigna Gojos, este era su nombre, tomó esta orden al pie de la letra, y nunca faltó á ella. Cuando se encontraba al extremo de la cerca, al tercer cañonazo partía; pero antes de que estuviera de vuelta, una docena de balas caían á sus pies ó pasaban sobre su cabeza, sin que un peligro tan inminente turbase su paz y recogimiento. Volvía con paso tranquilo, con sus cestos de frutas y legumbres sobre la cabeza, con los ojos bajos, con un aire dulce y tranquilo, y en un profundo silencio. Una vez se llevó la bala la mitad de un árbol, bajo el cual estaba, sin hacerla ningún mal. Otra vez le rompió el cesto que llevaba, sin que esto pudiera distraerla ni atemorizarla (2).

En fin, la ciudad fué tomada por asalto, pero felizmente nada tuvieron que sufrir las Hermanas; ni un soldado pasó la clausura, ni robaron siquiera una manzana del jardín.

Las Hermanas de Pignerol tuvieron también gran-

(1) *Fundación inédita de la Visitación de Turín.*

(2) *Vida de la devota Hermana Juana Benigna Gojos, religiosa doméstica de la Visitación de Turín, 1840, pág. 34.*

dísimos temores, que se disiparon muy pronto. El Conde de Harcourt, comandante de las tropas francesas, viéndose delante de un ejército mucho más numeroso que el suyo, escribió á la Madre Ana Catalina de Beaumont, Superiora de Pignerol, encomendándose á sus oraciones y á las de la comunidad, y como sabía que la casa estaba pobre, le mandó quinientas libras. Algunos días después se supo que el Conde de Harcourt había batido á los enemigos (1). Persuadido este general de que debía la victoria á las oraciones de las Hermanas de Pignerol, les envió nuevos regalos. Muchos oficiales le imitaron; uno dió veinte doblones, otro treinta, y otro una campana. En fin, aún no se había acabado la guerra, y las Hermanas, que hasta entonces habían estado en suma pobreza, faltándoles todo, compraban una grande y hermosa casa. Así todo prospera para las almas que aman á Dios... Así la tempestad que debía quebrar un árbol, fortifica sus raíces, y le hace elevar hacia el cielo ramas frescas y fecundas.

Estas noticias llegaron á oídos de la Madre de Chantal en los primeros meses del año 1640, y le arrancaron gritos de reconocimiento. Concluía en aquel momento un asunto al que daba mucha importancia, porque creía era para gran gloria de Dios, á saber, la fundación de una casa de Lazaristas en Annecy. «Veis—decía,—cuando pienso que estos buenos Padres se meten entre zarzas y espinas para arrancar del vicio y del error á las ovejas queridas de nuestro bienaventurado Padre y pastor, me parece que me rejuvenezco viéndolos venir á esta diócesis.» Su alegría hubiera sido perfecta si, en el momento en que concluía todas estas cosas, no hubiera sabido de repente la muerte de su hermano el Ilmo. Sr. Arzobispo de Bourges. Era un santo Prelado, que había hecho hacia algunos años, sobre todo bajo la

(1) *Vidas de algunas Superioras, en 4.º, pág. 109.*

dirección de la Madre de Chantal, admirables progresos en la virtud. Murió en París con la muerte de los justos, en los brazos de su sobrino el Ilmo. Sr. Obispo de Chalons, y de su sobrina la condesa de Toulangeón. La santa Madre de Chantal le lloró mucho, y escribió á todas partes para pedir oraciones por el alma de su querido difunto, y para que alcanzasen para sí misma la gracia de una santa muerte.

Entre estos negocios y estas penas se pasaron los tres años de su superioridad, y llegó el día de dejar el gobierno de la comunidad. Le vió llegar con la alegría de un preso cuyos grillos se van á romper. Muchos días antes importunó tanto al Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra, que consiguió de él prohibiese á las Hermanas la pusieran en el catálogo, para que no se la eligiese ya nunca Superiora. El sábado antes de la Ascensión, 11 de Mayo de 1640, reunió el capítulo, hizo dimisión para siempre de su autoridad, y pidió perdón á las Hermanas de las faltas que había cometido. Hablaba con un ardor de serafín, y una humildad propia de una verdadera santa. Quiso en seguida que todas las Hermanas se pusiesen en fila, y lo que nunca había hecho en el capítulo, las abrazó una á una, despidiéndose de todas en calidad de Superiora, y asegurándoles que nunca dejaría de quererlas, pues que las tenía «el afecto tierno de las pobres y ancianas abuelas á sus nietos.»

Depuesta la madre de Chantal, fué preciso pensar en reemplazarla. Todos volvieron los ojos á la Madre de Blonay, apellidada por San Francisco de Sales la *Crème* de la Visitación, y á la que llamaba la santa Fundadora su querida pequeña, la cual, después de las muertes de las Madres Favre, Brechard y Chatel, era considerada como la primera de la Orden. El Obispo de Annecy la pidió al Cardenal de Lyon, que la concedió. Al saber esta noticia la Madre de Chantal no pudo menos de manifestar su alegría, y escribió á la Madre de

Blonay: «¡Aleluya! mi muy querida hija, ¡aleluya! En fin, gracias á nuestro buen Dios la palabra del hombre tuvo virtud. Nuestro bueno é Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra ha recibido amable y muy favorable respuesta de su Emma. el Sr. Cardenal. Muy pronto seréis toda nuestra, Dios mediante. ¡Ay, cuántos años hace que trabajo por esto! Ya lo sabéis.» Y algunos días después, hablándole de la alegría que había causado la noticia de su venida: «Pero me parece que ninguna satisfacción es igual á la mía, viendo volver á mi lado á mi querida hija pequeña, para pasar junto á ella el resto de mis días, tenerla por Madre muy querida, por Hija únicamente amada, y Hermana de toda mi confianza. A todas partes escribiré mi alegría (1).

No era sólo la alegría de la Madre de Chantal por volver á ver una Hermana tiernamente amada y á la cual había tenido siempre en grande estima, sino que sobre todo se alegraba de volverse á poner bajo el yugo de la obediencia y encontrar algo de aquella paz que le había procurado la dirección de la Madre de Chatel. No hablaba más que de la próxima llegada de la futura Superiora, excitando á las Hermanas á que la amasen mucho, á obedecerla perfectamente, y á estar muy cordialmente unidas unas con otras. Al salir de las recreaciones y de las juntas, si encontraba á las Hermanas, les decía con un rostro inflamado: «Queridas Hermanas mías, amor, amor, amor.»

La Madre de Blonay llegó la víspera del día del Corpus del año 1641. Advertida la Madre de Chantal de que ya estaba á la puerta del monasterio, se fué allá apresurada y alegre, acompañada de todas las religiosas, y en cuanto se abrió la puerta se puso de rodillas á sus pies, y abrazándola, le dijo: «En fin, mirad á mi

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, por Carlos Augusto de Sales, página 174.

Madre, á mi Hija, á mi Hermana, á mi alma y á mi corazón.» La Madre de Blonay estaba también de rodillas, pero tan confusa de ver á la Santa en esta humilde postura, que no sabía qué responderle (1).

Habiéndose levantado, quiso la Madre de Chantal que toda la comunidad fuese á dar gracias á Nuestro Señor por esta feliz venida, y sonriéndose con una de sus Hijas: «¿Qué hago yo en esta vida—le dijo,—pues que ya está provisto mi querido Annecy de una Madre cual yo le deseaba?»

Al otro día, la Madre de Chantal fué á la celda de la Madre de Blonay para darla los buenos días, y saber cómo había pasado la noche. En seguida le entregó el estado de su alma, y le suplicó la hiciese obedecer, porque—decía—tenía mucha necesidad de ello. Le manifestó todas sus prácticas, para saber si podía seguir con ellas, enseñándole hasta sus protestaciones de fe, que llevaba en una bolsita colgada del cuello, y también una estampa de Jesús, María y José, que tenía en sus *Constituciones*, pidiendo permiso para guardarla. Abrió también el cajón de su mesa, haciéndole ver que no tenía nada más que un pedacito de tafetán verde de que necesitaba algunas veces para sus ojos (2).

Hubo entonces entre la Madre de Blonay y la Madre de Chantal una de esas luchas que el mundo no conoce, pero que la Iglesia de Dios ofrecerá hasta el fin á las miradas atónitas de sus enemigos. La madre de Blonay no podía sufrir que la Madre de Chantal, agobiada por los años y radiante de santidad y aun de gloria humana, estuviese en el último puesto con una Hermana del hábito pequeño, y así quería darle un puesto más honroso, como á la Fundadora y Madre universal.

Pero la bienaventurada rehusaba consentir en ello.

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, pág. 178.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 386.

En sus viejos años, como ella decía, parecía que no tenía más que una necesidad: abismarse en la humillación. En el capítulo, en el refectorio, se ponía de rodillas á la menor advertencia de la Superiora, y decía humildemente sus culpas. Se ponía en el último lugar en todas partes; iba á fregar á la cocina y barría las escaleras. Todo esto disgustaba á la Madre de Blonay, que no podía resignarse á ver á sus piés á esta venerable Fundadora, y de esto resultaban perpetuos conflictos. A cada instante la Madre de Blonay iba á tomar del brazo á la Santa para hacerla dejar el último lugar, á que se volvía siempre. Si iba á decir sus culpas, se precipitaba á su encuentro, y sosteniéndola en sus brazos, la impedía ponerse de rodillas. «¡Ay, Madre mía!—decía la Santa,—me quitáis mi consuelo todos los días». Se la engañaba cuanto era posible para impedir que fuese á fregar cuando le correspondía; pero lo conocía, y estaba muy vigilante para que no se la privase de lo que ella llamaba su felicidad y grande honor. Se tomaban las más minuciosas precauciones para evitarle la humillación del Capítulo. La Madre de Blonay le daba ocupación, ó hacía que la llamasen al locutorio mientras se tenía; pero encontraba siempre algún escape, y llegaba precisamente en el momento en que empezaba. Una vez, hacia el fin de la recreación, la Madre de Blonay fué á tener el capítulo antes que tocasen, pensando sorprenderla así: pero fué en vano. La Santa lo temió, y cortando repentinamente la conversación que tenía en el locutorio, fué al capítulo, y viéndola entrar la Madre de Blonay, le dijo que se retirase, que aquel acto estaba ya empezado, que lo dejase por aquella vez, que ya vendría el sábado siguiente. La Santa obedeció y se retiró, pero sollozando. Fué á buscar á una enferma que se había quedado en la enfermería, y se encomendó á sus oraciones, diciéndole que era indigna de estar en la comunidad; que se la había separado de

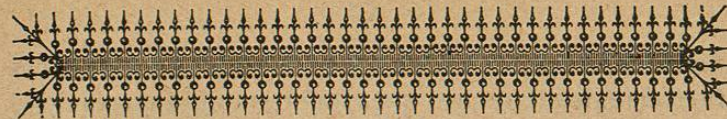
ella, y que era muy justo; y lloraba y sollozaba tanto diciendo estas cosas, que la enferma y la enfermera no pudieron menos de llorar con ella.

Estas escenas se renovaban todos los días, y este debate fué tan lejos, que el Obispo tuvo que ir á poner orden en el asunto. Pero la Santa defendió tan bien su causa, é hizo valer tantas y tan buenas razones, que el señor Obispo dió la sentencia á su favor, y por más que dijo la Madre de Blonay, mandó que se dejase á la Madre de Chantal el consuelo de humillarse á su gusto, á ejemplo—decía este buen Prelado—de Nuestro Señor Jesucristo, que fundador del mundo y de la Iglesia, se había hecho el último de todos, y había besado los piés á sus discípulos. El Ilmo. Sr. Guerrin estaba lleno de gozo considerando estas escenas. Levantaba las manos al cielo: «¡Ojalá—decía—que en este momento me fuese dado sacrificar mi vida, porque jamás hubiese otra disputa que ésta entre las Superiores elegidas y las Superiores depuestas de la Visitación (1).»

Durante este tiempo—dicen las antiguas Memorias—la bienaventurada se manifestaba tan extraordinariamente dulce y amable, y tan ocupada en Dios y en las cosas eternas, que algunas de nosotras nos estremecíamos, temblando que esta sagrada antorcha estuviese para dar su último resplandor (2).

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, pág. 181.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 270.



CAPÍTULO XXXIII

Retrato de la Madre de Chantal.

Acércase, efectivamente, la hora en que la bienaventurada Madre de Chantal va á entrar en la eternidad. Recojámonos, pues, un instante, y contemplemos una vez más el conjunto de sus venerables facciones.

Existe en el segundo monasterio de la Visitación de París un cuadro original, que tiene la fecha de 1636, sobre el cual se lee: «Nuestra respetable Madre Juana Fremiot, primera de la Orden, á la edad de sesenta y cinco años (1).» Este lienzo, sin la firma del autor, pero de buen pincel y pintado durante el viaje de la Santa en 1636, nos permite contemplar á la Madre de Chantal en todo el brillo de su hermosa vejez. Son las mismas facciones, el mismo parecido que en su retrato de joven soltera. Sólo que bajo la influencia de la edad y la acción de la virtud, la fisonomía ha cambiado un poco. Lo que había de ardiente, y casi iba á decir de altivo, en el rostro de la Santa á los veinte años, ha desaparecido. El fuego de su mirada se ha dulcificado. Una encantadora bondad está impresa en sus labios: la barba, algo dura, se ha redondeado, lo que acaba de dar á todo el semblante la expresión de la dulzura. Pero aún se ad-

(1) Este hermoso retrato es el que damos al principio del segundo tomo de esta historia.